

FERRAN SÁEZ MATEU

LA SUPERFICIE

VIVIR ENTRE PANTALLAS

EDLibros

Je suis allé au cinéma deux fois avec Emmanuel qui ne comprend pas toujours ce qui se passe sur l'écran. Il faut alors lui donner des explications.

He ido dos veces al cine con Emmanuel, que no siempre entiende lo que sucede en la pantalla, por lo que hay que darle explicaciones.

ALBERT CAMUS, *L'étranger* (1942)

CONTENIDO

Introducción	
Un crepúsculo, una familia silenciosa y la mujer de Mozart	11
1. De la fotografía «post mortem» a la «selfie»	23
2. Yo buscaba una palabra...	51
3. La personalización de la despersonalización: el extraño reflejo del «big data»	83
4. La pantalla donde habita la «post verdad»	109
5. «I like!» Una democracia de niños	139
6. La pantalla es una plaza con mala acústica	181
7. Corolarios, escolios, apostillas y alguna que otra conclusión	209

INTRODUCCIÓN

UN CREPÚSCULO, UNA FAMILIA SILENCIOSA Y LA MUJER DE MOZART

La primera escena transcurre a bordo de un tren de alta velocidad, un día muy ventoso y claro de finales de invierno de 2016. Tras el cristal insonorizado del vagón, las iridiscencias del crepúsculo se transforman en una especie de *performance* cósmica. A medida que el sol se pone, los matices del rojo dan paso a un color púrpura intenso, que se va deslizando hacia el azul oscuro. Hacia el oeste, donde todavía se distingue la luz del ocaso, esa coloración cambiante está moteada por tonos anaranjados vivos, de un dramatismo sobreactuado, vagamente wagneriano. A lo lejos, el alumbrado uniforme y fosforescente de una autopista, y también el de un pueblo sin nombre. El espectáculo resulta hipnótico.

Me levanto de mi asiento, que está al final del vagón, con la intención de acercarme a la cafetería del tren, cuyos ventanales me facilitarán —supongo— una visión más amplia del horizonte. A medida que recorro el pasillo me doy cuenta de que *ninguno* de los pasajeros del vagón está contemplando lo que a mí me ha dejado fascinado. Con la excepción de una mujer que dormita, el resto está observando una pantalla: la de un teléfono

móvil, la de una tableta, la de un ordenador portátil, la de los pequeños monitores de vídeo que hay en el techo del tren. Nadie mira lo que sucede en el exterior, absolutamente nadie, a pesar de que debido a la insólita claridad del día, el cielo refleja unos colores imposibles. En la cafetería hay cinco clientes y dos empleados, un chico y una chica. Todos, sin excepción, incluidos los mismos camareros, toquetean un móvil, ajenos a lo que ocurre tras el cristal. Cuando oscurece completamente vuelvo a mi asiento, perplejo.

La segunda escena se produce unos meses después, un día festivo de finales de junio, en un restaurante familiar bastante concurrido. Son las dos en punto de la tarde. A pocos metros de distancia, observo a un matrimonio de unos treinta y cinco o cuarenta años acompañado de sus dos hijas, una adolescente de unos catorce y otra niña que probablemente no llega a los diez. Se muestran sonrientes y relajados, pero permanecen en perfecto silencio. Mientras esperan que el camarero les tome nota, están pendientes de su pantalla. Los cuatro llevan auriculares. Por el movimiento rítmico de sus dedos, la niña pequeña parece estar jugando a algo, muy concentrada, mientras que la madre y la hija mayor se limitan a contemplar imágenes en movimiento —desde el lugar en el que estoy, puedo distinguir la tableta de la primera; está viendo una serie o una película que no logro identificar—. El padre escribe intermitentemente, moviendo ambos pulgares a una velocidad frenética. Teclea, espera unos instantes, sonrío. Luego hace gestos de aprobación o de contrariedad con la cabeza. Vuelve a escribir, espera, sonrío. Nadie pronuncia ni una sola sílaba. Al cabo de unos minutos, cuando llega la comida, solo la mujer

apaga su dispositivo y se quita los auriculares. Su marido fotografía varios de los platos con el móvil. Luego parece enviar las imágenes, y al cabo de unos instantes dibuja otra sonrisa. Vuelve a teclear el móvil, expectante, y vuelve a sonreír. Las dos niñas sostienen el tenedor con la mano izquierda y el teléfono con la derecha. En apariencia, a sus padres les parece del todo normal. De hecho, en el resto de mesas que están visualmente a mi alcance esa es —con pocas variaciones— la norma.

La tercera y última escena es bastante diferente a las dos anteriores, y además me obliga a retroceder más de una década, exactamente a 2006. En esa época, el periódico alemán *Der Spiegel* publicó una noticia referida a una vieja fotografía hallada dos años antes en un archivo. Se trataba de una imagen de grupo estéticamente anodina, pero muy antigua: un daguerrotipo realizado ni más ni menos que en octubre de 1840 —tengamos en cuenta que Louis Daguerre presentó en público su invento en 1839, aunque la célebre imagen del Boulevard du Temple es un año anterior—. En la foto recuperada por *Der Spiegel* podemos ver a siete personas: dos hombres, uno de ellos bastante mayor, dos ancianas y tres mujeres jóvenes. Acostumbrados a la rigidez corporal y al carácter estereotipado de ese tipo de composiciones, lo único que destaca es la posición corporal del varón más joven, que está de pie y parece comentar algo a quien —teniendo en cuenta el parecido físico— es con toda probabilidad su padre. Conocemos la identidad de la mujer de este, que en la fotografía aparece sentada en un extremo, a la izquierda. Es también una mujer mayor, y tiene una expresión contenida y recatada, pero a la vez jovial. Se trata de Constanze von Nissen, *née* Weber.

Dicho así, la cosa promete poco. Pero resulta que, antes de enviudar el 5 de diciembre de 1791, esa mujer se llamaba legalmente Constanze Mozart. En efecto, se trata de la esposa del compositor austríaco, que en 1809 se casó en segundas nupcias con el diplomático danés Georg Nikolaus von Nissen. Murió en Salzburgo, al cabo de solo dos años de haber posado para ese daguerrotipo. Actualmente, hay pocas dudas sobre su identidad. Los retratos al óleo de estilo realista que se conservan de Constanze Mozart muestran el mismo rostro, la misma sonrisa, los mismos ojos, muy oscuros y expresivos. El simple hecho de poder cruzar la mirada con una persona nacida en el siglo XVIII, en 1777, produce un considerable vértigo; el hecho de observar concretamente a la mujer de Wolfgang Amadeus Mozart resulta todavía más extraño. Es casi una transgresión.

Esa fotografía —lo reconozco sin pudor— llegó a obsesionarme. En realidad, a la mujer de Mozart no la vi jamás plasmada en una verdadera fotografía, sino en una pantalla. Las fotografías —es extraño que nos hayamos olvidado tan pronto de ello— son imágenes impregnadas en una superficie *física* sensible a la luz, como nos lo recuerda tercamente su etimología. La viuda de Mozart *también* salía, pues, de una pantalla. De hecho, durante un par de años, quizá más, hizo las funciones de salvapantallas de mi ordenador.

Las pantallas, de nuevo: yo también las transito y las habito. Su obsesiva omnipresencia, su centralidad cultural, su intrusión permanente, su inaudita capacidad para usurpar espacios aparentemente ajenos, como el del libro...

Insistiendo en esta vía argumentativa, y aderezándola con un cierto tono doliente, el presente ensayo se

adentraría en esa especie de costumbrismo con gráficos, porcentajes y notas a pie de página que practican hoy los sociólogos. Peter Sloterdijk dijo no hace mucho que la sociología se ha convertido esencialmente en una forma de adulación de las masas: sirve para darles la razón, hagan lo que hagan. No va desencaminado. Nuestra intención, sin embargo, no es darle o quitarle la razón a las personas que han transformado su teléfono móvil en una prótesis multituosos, ni tampoco a aquellas que apenas lo utilizan, como es mi propio caso. No, aquí no vamos a moralizar. También evitaremos el mencionado arte del costumbrismo encubierto, tan de moda, ni mucho menos intentaremos camuflarlo con una truculenta y espesa salsa pseudoem-pírica, como es de rigor en los *papers* del ramo.

Lo que el lector tiene en las manos es un ensayo. La primera frase de los *Essais* de Michel de Montaigne, en la dedicatoria, dice: *c'est ici un livre de bonne foi, lecteur*. Lo mínimo que puede exigirse a «un libro de buena fe» es que diserte sobre aquello que enuncia en su título, y que lo haga de acuerdo con unos parámetros discursivos que no resulten erráticos. Pues bien, el presente libro explora la superficie de la pantalla digitalizada en tres de sus muy diversas dimensiones: la cultural, la epistemológica y, por encima de todo, la política. Se trata de un verdadero ecosistema donde hoy transcurren nuestras vidas.

Aquí vamos a explicar cosas con los recursos argumentativos del ensayo filosófico, de la literatura de ideas. Nuestra intención es adentrarnos en un fenómeno que fue previsto mucho antes de consumarse —mucho antes, incluso, de llegar a vislumbrarse—. Como muy bien intu-yó Armand Mattelart, la digitalización no constituye una especie de sorpresa histórica: entre el proyecto cartesia-

no, inequívocamente moderno, de *mathesis universalis*, y el hecho de comprimir la realidad en un lenguaje binario, de transportar una fotografía a un monótono armazón de ceros y unos, solo había que esperar unos siglos.

No se trata de esgrimir aquí ningún determinismo tecnológico primario, sino más bien de estar atentos a las consecuencias previsibles de un proyecto, el de la Modernidad. Porque resulta que, a diferencia de la Edad Media o del Paleolítico Superior, la Modernidad nace —tanto desde una perspectiva filosófica como científica— asociada a un *proyecto*, perfectamente identificable en René Descartes o en Galileo Galilei, aunque tiene su punto álgido bastante más tarde, en la Ilustración, cuyo proyecto específico parece hoy declinar. Lo interesante de la expresión *nuova scienza*, usada ya por el mismo Galileo, es el adjetivo. Denota una muy decidida y casi altiva autoconsciencia. Entendida como proyecto, no como mera *circunstancia* histórica, el nervio de la Modernidad reside justamente en su rotundo carácter asertivo, no importa bajo qué denominación.

La digitalización —dice el citado Mattelart— no es más que un epígono del proyecto moderno, pero los cambios culturales *cualitativos* que provoca también contribuyen, de una manera ambigua y a la vez inevitable, a su fin. Como veremos luego, Jean-François Lyotard ya se refiere con toda naturalidad a ese mundo centrado en la pantalla digitalizada, que en 1979, cuando publicó *La condición postmoderna*, simplemente no existía. Se refiere a él, e incluso lo describe con precisión a pesar de no haberlo visto consumado. Eso es algo sin duda meritorio. No está asistido por ninguna capacidad sobrenatural, supongo, sino por el hecho de haber entendido las interioridades del pro-

yecto moderno. Las *exterioridades* del mismo, en cambio, suelen confundir: recordemos las predicciones sistemáticamente fallidas de Alvin Toffler, el gran futurólogo de la tecnología de las décadas de 1970 y 1980. Existen otros autores, como Gianni Vattimo, de los que podríamos afirmar algo parecido: su interés radica más en el hecho de haber entendido qué es lo moderno que en proponer una especie de salida o respuesta a su colapso. Publicado en 1985, *El fin de la Modernidad* constituye un texto relevante del pensador italiano. Lo interesante es que allí, lo postmoderno no se *prescribe*: más bien se intuye en relación con la descripción de un agotamiento o desgaste, el del proyecto moderno. Jürgen Habermas replicará poco después que lo moderno no está agotado, sino *incompleto*, que es algo muy diferente. Esa discusión nos conduciría a una digresión demasiado larga. En todo caso, no debemos perder de vista que el asunto que tratamos, el de la pantalla, debe enmarcarse en la confluencia de dos esferas mentales —la moderna y la postmoderna— que a menudo no encajan.

En efecto, en la pantalla digitalizada confluyen los estertores de lo moderno (entendido como *proyecto* filosófico y científico, y vinculado a la tecnología) con los albores de lo postmoderno (entendido solo como una *mentalidad* que diverge del proyecto moderno, o que no se reconoce ya en este). Aunque la frase suene un poco grandilocuente y *enflée*, bajo la superficie de la pantalla subsiste, en realidad, una encrucijada que nos permite atisbar simultáneamente lo que *podría haber sido* la Modernidad y lo que *ha acabado siendo* en realidad.

En un sentido que va mucho más allá de lo filosófico y de lo científico, incluso de lo político, el concepto clave de la Modernidad es el de *emancipación*. Es ese *sape-*

re aude! kantiano y otras muchas cosas. Hoy, la mayoría de la humanidad —en el caso de Occidente, la práctica totalidad de su población— tiene acceso instantáneo y gratuito a *todo* el saber humano. Incluso desde la pantalla de un humilde teléfono móvil, cualquiera tiene hoy la oportunidad de leer a Platón o a Shakespeare, de escuchar a Bach o a Mozart, de poder ver detalles microscópicos de los lienzos de Velázquez. Pero resulta que el emancipador *sapere aude!* kantiano ha quedado eclipsado —ay— por los vídeos de gatitos de YouTube... ¡Qué decepción! Una decepción histórica e incluso, si me apuran, *antropológica*.

Las nuevas masas habitan hoy esa superficie —tan plana, tan suave, tan fría— sin rastro de las cantatas de Bach, orgullosamente ajenas a la luz de Vermeer y a la de los claroscuros de Georges de La Tour, a los versos de Baudelaire, a las sinuosas historias de Borges, al gran cine. Todas esas cosas están ahora a su alcance, a un *clik* de distancia, y completamente gratis. ¿Qué pensaría Diderot? Su Enciclopedia, no lo olvidemos, tenía un destinatario definido. No era cualquier cosa, no: se trataba de un *sujeto histórico*. Existía un objetivo explícito, un proyecto articulado, más político que cultural, en el que la erudición era un simple instrumento secundario para alcanzar la emancipación política del ser humano. Eso quedaba claro hasta en el título original, en el que aparece —y no creo que casualmente— la palabra «sociedad»: *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres*. En 1751 faltaban aún treinta y ocho años para que estallara la Revolución. Aquel proyecto preparaba el camino del futuro *citoyen de la République*: no puede haber emancipación sin conocimiento, que fuera de esta solo tiene un sentido instrumental vacío. La

centralidad cultural la ocupaba indiscutiblemente el libro y, de forma subsidiaria, los salones y cafés donde, entre otras muchas cosas, solía hablarse también de libros. Las cosas, sin embargo, acabaron de otra manera.

Proyectos históricos rotos, cambios azarosos, tecnologías inesperadas que irrumpen bruscamente en nuestras vidas. Cambios, sí: cambios pequeños y grandes, preocupantes y esperanzadores, esquemáticos y complejos. Cambios de toda suerte que hace menos de una generación habrían sonado, sin duda, a pura extravagancia: hoy, por ejemplo, hacemos las fotos con el teléfono. Veinte años atrás, o incluso hace menos, este hecho cotidiano parecería tan insensato como el de alguien que asegurara que, en un par de décadas, rellenaríamos el impreso de la declaración de la renta con una máquina de afeitar. Esos cambios extravagantes a veces solo lo son aparentemente. El primer uso no individual que se hizo del teléfono, allá por 1906, servía para tocar el piano. Ya sé que suena muy raro, pero es algo rigurosamente cierto, aunque muy poco conocido. Para mantener un poco la expectación, como en los viejos folletines, vamos a explicarlo al final del ensayo.

El estupor relacionado con los cambios alberga siempre una cierta dosis de comicidad. Franz Kafka o Herman Melville, por ejemplo, supieron dosificarla homeopáticamente. Una vez me explicaron una anécdota hilarante que ilustra a la perfección ese vértigo tan especial. Terminada la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética y Polonia decidieron fijar sus inciertas fronteras. El extremo oriental de Polonia posee una serie de ríos y accidentes geográficos que facilitaron una división territorial más o menos «natural». La frontera norte, en cambio, la que separa el país de

la antigua Prusia oriental anexionada por la URSS (y que actualmente es el territorio ruso de Kaliningrado, antigua Königsberg, patria chica de Immanuel Kant) constituye, aún hoy, una línea recta imaginaria. Pues bien: la mencionada línea tenía que pasar justo por el medio de una granja donde vivía una pareja de ancianos. Las autoridades soviéticas les expusieron la situación y les preguntaron en qué lado de la nueva frontera preferían quedarse. Los viejos pidieron un poco de tiempo para poderlo pensar. Al cabo de un par de días dieron su respuesta definitiva a un topógrafo del Ejército Rojo. «Preferimos quedarnos en Polonia —argumentaron— porque nos han explicado que en Rusia, en invierno, hace demasiado frío».

Desconozco si la anterior anécdota es verídica o apócrifa, aunque imagino que es demasiado buena para ser real. Sea como fuere, permite que nos acerquemos de una manera intuitiva a tres hechos que están marcando —y marcarán— el incipiente siglo XXI. En primer lugar, las complejísimas intersecciones entre lo global y lo local, que han existido siempre pero que ahora se manifiestan con mucha más intensidad, rozando a menudo la paradoja, debido a la dislocación tiempo/espacio que genera un simple *clic* en la pantalla digitalizada. En segundo lugar, la completa diseminación de las nociones de público y privado, un hecho importantísimo aunque a menudo banalizado a base de simplificaciones. Finalmente, la eclosión de identidades elásticas y performativas, no forzosamente coherentes ni viables, tanto a nivel individual como colectivo.

Los abuelos de la anécdota que acabamos de reproducir trataban de pensar en clave local un hecho que tenía otra dimensión; simultáneamente, no se daban cuenta de

que todo lo privado tiene una dimensión pública; y, a la vez, que en toda decisión pública se redefinen constantemente los umbrales de lo privado. La identidad polaca, o la soviética, adquiriría igualmente una naturaleza anómala. Asumir todas esas bruscas transformaciones, hacerlas realmente inteligibles, no es nada sencillo: cambiar de *mentalidad* no es lo mismo que dejar atrás una *ideología*. De hecho, parece razonable preguntarse si es posible cambiar de mentalidad en una sola generación...

En 1979, Lyotard describía —e incluso llegaba a predecir— las consecuencias epistemológicas —más que las sociales— de lo que hoy podríamos denominar *Era Paleoinformática*. En sí misma, sin añadir cualquier otra consideración, la pantalla digitalizada constituye un hecho tecnológico. El uso socialmente masivo y culturalmente central de la misma, en cambio, va mucho más allá de la esfera de la tecnología. Afecta —parafraseando a Lyotard en relación con los primeros dispositivos computacionales— a *la naturaleza misma del saber*. Mis estudiantes de primero de carrera están honestamente convencidos de que una sucesión de *copy/paste* extraídos de la Wikipedia son un *trabajo académico*. La palabra «plagio», por ejemplo, los deja sorprendidos, incluso indignados. No se la esperan. Han actuado así a lo largo de toda su formación inicial, y ese cambio de perspectiva les parece intolerable, injusto.

El asunto que acabamos de considerar no constituye tampoco una anécdota costumbrista, sino un verdadero cambio de mentalidad, todavía incipiente a la par que imparable, en el que *el acceso al conocimiento se confunde con el conocimiento mismo*. ¿Para qué atesorar datos si estos —¿están?, ¿los tengo?, ¿existen?— en Google, y pue-

do acceder a ellos desde cualquier lugar, en cualquier dispositivo, a cualquier hora y de forma instantánea y gratuita? He aquí un cambio relacionado, pues, con la naturaleza misma del saber, no con sus márgenes. Este cambio, por supuesto, no es inocuo. Eso no implica, sin embargo, que debamos dramatizar el asunto *por defecto*. Cuando esa tentación se adueña de mí —y reconozco que sucede con una cierta frecuencia— evoco a aquellos neuróticos ingleses de la era victoriana que juraban y perjuraban que el ferrocarril provocaba desórdenes mentales y ceguera.

Hoy el centro de *todo* reposa en la superficie plana de la pantalla digitalizada, por donde serpentea, decidida, la nueva cultura de masas. En sí mismo, abstractamente, eso no es bueno ni malo, pero —conviene reiterarlo— tiene *consecuencias*. Algunas son triviales y efímeras (variaciones de formato, etc.) mientras que otras invitan a una prudente reflexión, en la medida que suponen cambios cualitativos profundos y, a menudo, de muy largo recorrido. La mayoría son de carácter político. En el presente ensayo vamos a intentar abordarlos evitando lugares comunes, como los que sostienen que «en internet hay cosas buenas y cosas malas» o que «el pan de antes era más sabroso». Tratar un asunto del que no disponemos aún de perspectiva histórica, estudiar un proceso que ni siquiera ha concluido, constituye, en todo caso, una temeridad: el fax, por ejemplo, había llegado para quedarse, y ya ven. Asumimos dicha temeridad con resignación.

